

El Espejismo

Brida _



Capítulo 1

Una calurosa tarde de primavera casi verano, mientras el sol quemaba el ardiente asfalto, ellos cruzaron sus caminos por primera vez. Todo había llegado justo a tiempo la salud, el dinero, y el amor.... el amor.

Eran dos desconocidos que decidieron escribir un instante en su eternidad. El sol azotaba brutalmente las tardes, y ellos habían decidido encontrarse, después de todo no tenían nada que perder y eso le daba un toque más interesante a la historia que empezaban a escribir. De repente el destino había traído hacia ella unos risueños ojos verdes con dos lunares en su interior, tan característicos, una sonrisa de dientes perfectos y cabellos rubios brillantes como el sol que ardía allá afuera.

Era demasiado perfecto. Él la miraba con ojos de amor mientras ella habla de cosas sin sentido solo para conversar; él estaba en otro mundo, mirándola fijo pero cariñosamente, lo que a ella la ponía nerviosa, de repente él se animo e intento robarle un beso, que ella no correspondió. Creyó que era preciso esperar, esperar a que un amor no tan superficial surgiera en ella, y alego.

-podemos ser buenos amigos.

Él no respondió simplemente agacho la miraba y siguieron hablando cosas sin sentido.

Después de algunas tardes de calor infernal y confesiones innecesarias, ella se dio cuenta que tenía que jugar el juego que él le había propuesto. Después de todo por alguna razón él había entrado a su vida de esa forma. Hasta ese momento ella no pretendía arriesgar, había algo muy valioso en juego, su corazón, que no pretendía malgastar.

Sin darse cuenta la primavera había terminado y el verano estaba ahí, no había mucha diferencia. Ellos estaban juntos y el calor sofocaba afuera. Escondidos en su guarida solían pasar las tardes escuchando música en portugués, mientras compartían el "humo sagrado" y contemplaban lo perfecto que era el mundo cuando estaban juntos. Una de esas tardes él le confesó.

-Algo bueno habré echo en mi otra vida para que estés hoy conmigo en esta.

Ella solo lo miro, le sonrió y lo abrazo, sin decir nada. Otra vez la palabra destino estaba omnipresente. Ella tenía la certeza de haber sido una chica buena, entonces no le tenía miedo al karma del universo, estando con él

nada malo podía pasar.

Todo en sus días era demasiado perfecto y compartían muchos gustos juntos. Él le preparaba galletas de avena y café con leche, lo que en ese tiempo había pasado a ser la merienda favorita de ella, que hacía sonar las cuerdas de su guitarra solo para él. Y así pasaban las tardes, escuchándose y demostrándose lo importante que creían ser el uno para el otro. Después de todo era lo que necesitaban... afecto, interés y amor.

Pasaban las semanas, los meses y estaban cada vez más cerca, se complementaban perfectamente. De vez en cuando se escondían en los pasillos para juntar sus labios y rosar sus cuerpos, para encontrarse entre caricias. Se ayudaban mutuamente a superar obstáculos, ella admiraba su capacidad de confianza plena, él le confiaba sus más oscuros secretos, ella solo lo escuchaba, no lo juzgaba. Al final ambos solo querían ser escuchados y comprendidos, no eran tan diferentes y si había amor era mucho mejor. Ellos sabían que eran libres pero que elegían compartir sus días juntos, y eso les hacia bien. Ellos se hacían bien.

Todo ese tiempo que compartían era irreal, por eso ella que por naturaleza era muy intuitiva, sabía de antemano todo antes de que él se lo dijera, incluso que se dieran cuenta. Los días corrían y ellos seguían aislados del mundo, en su burbuja esa que era solo para dos. A ella le gustaba escaparse, como toda su vida siempre que algo era demasiado perfecto, trataba de alejarse, de viajar, planear un futuro solo para ella, y eso él lo sabía, y aunque le costó lo comprendía. Después de todo el humo sagrado sabía llevarlo a su mundo personal. Su intuición estaba en lo cierto, él algún día le fallaría, y así fue. Él lo había arruinado, y aunque luego se arrepintiese, no bastaría con un simple perdón para volver a lo que era.

No había dolor.

Su instinto la había salvado de una desilusión. El rencor trató de apoderarse de su corazón, pero ella sabía que todo comienzo tiene un final, su destino había puesto en su camino un espejismo, para que ella descubriera que la verdadera felicidad estaba en ella no en los demás. Después de todo él la había ayudado a crecer, no debía odiarlo. En su corazón lo perdonó porque sabía que no era el final del camino, porque esta vez se había echo fuerte y sabía que todo pasa por algún motivo, porque tarde o temprano todo acaba.

La moraleja que quizás aprendió de esta historia fue que nada es eterno, nadie es indispensable ni irremplazable, todas las cosas en nuestra vida están ahí para ayudarnos a crecer y creer en nosotros y nuestra capacidad de amar, sean buenas o malas, el destino es impredecible a veces. Ella tuvo lo que todos anhelan y se fue como llegó. Aprendió a no sentir dolor

y sonreír a pesar que el verano a veces sea frio y oscuro en su interior.

Solemos ver espejismos. Oasis en medio de los desiertos poblados de personas grises sin expresión en su rostro, de repente nos topamos con uno de ello y creemos que es el manantial que tanto buscamos pero no es más que eso, un espejismo. La búsqueda es eterna, y en el camino aprendemos. Amamos, y aprendemos.